



«LAS GALAS DEL DIFUNTO» Y «LA HIJA DEL CAPITAN», DE VALLE INCLAN

Compañía: María José Goyanes.

Director: Manuel Collado.

Teatro: María Guerrero.

De ser un autor prácticamente maldito en sus obras de teatro, Valle Inclán ha pasado en pocos años a ser un autor de repertorio. Lo que desde luego constituye un colosal avance. Sin embargo se tiene la impresión de que las sucesivas aportaciones a la bibliografía de Valle no están siendo recogidas, o al menos suficientemente meditadas, por los encargados de representarle en los escenarios. Cada cual, director y actores, «hacen su particular Valle Inclán», a menudo partiendo prácticamente de cero y sin tener en cuenta las experiencias anteriores. Y el resultado global comienza a ser confuso e incluso desorientador. Naturalmente unos y otros están en su derecho, pero también el espectador en no saber con qué carta quedarse, obligado a ir a salto de mata un día con un Valle ininteligible y abstracto (el del tandem Victor García-Nuria Espert), otro con un autor risueño y jovial («Los cuernos de don Friolera» de José Tamayo) y ahora en el María Guerrero con dos piezas perfectamente integradas y festivaleras. Y ello a pesar de que «La hija del capitán» constituye uno de los ejemplos más vitriólicos y subversivos de la pluma de su autor. Tan subversivos que para poder ser representada ha tenido que sufrir una más que dudosa adaptación, que si bien es fiel a la letra, desnaturaliza casi por completo su espíritu, irreconocible tras uniformes y decorados de opereta.

Parecería claro a estas alturas el saber que

Valle Inclán exige una atenta lectura por parte de director e intérpretes. No es fácil enriquecer los textos literarios de don Ramón con una simple visualización del contenido o poniendo detrás de los actores unos excelentes decorados. La labor de Manuel Collado es en, este sentido y como director, inexistente, llevándonos de paso a un tema fundamental del teatro español orillado como tantos otros: la falta de directores de la que es buena pueba este espectáculo con el empresario metido a director. Como resultado los actores van por libre perdidos en un naturalismo neocasticista que confunde todavía más la representación, especialmente en «Las galas del difunto» de la que, en el mejor de los casos, puede decirse que no añade nada a su lectura. En relación con «La hija del capitán» el asunto es más grave, ya que toda la puesta en escena parece tener como objetivo lograr una reducción de su agresividad y su evidente antimilitarismo. Si todavía no ha llegado el tiempo en que algunas piezas de Valle Inclán puedan ser montadas por razones políticas, mejor es esperar y no desnaturalizarlas. Para este viaje, mejor es no sacarlas de las estanterías.

Por lo demás, poco hay que añadir a esta anódina exhumación de dos de las más conocidas obras de su autor. La brillantez que le prestan unos decorados suntuosos, magníficamente realizados, no es suficiente para dar contenido al espectáculo. Los intérpretes, muy irregulares, tampoco. Queda entonces el texto, que en este caso «suena» bastante mejor leído. ¿Qué queda entonces? Solamente la posibilidad de seguir esperando a que Valle Inclán alguna vez tenga directores capaces de estar a su altura. Y además, lo que no es mucho pedir, que tengan en cuenta experiencias anteriores.

Pedro Altares